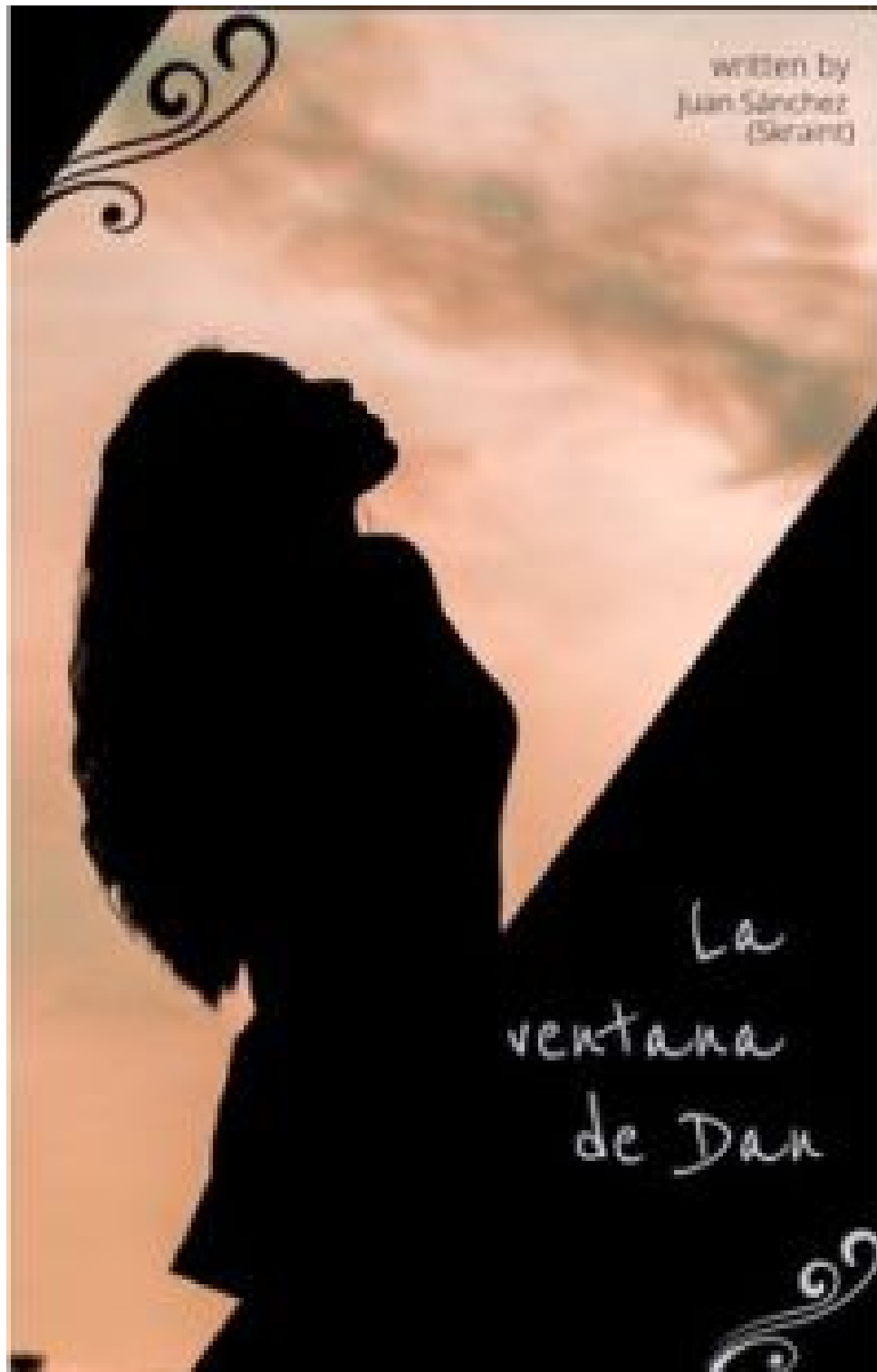


La ventana de Dan

Juan Sanchez



Capítulo 1

Yacía bajo la sombra de los árboles, en uno de los columpios de un parque a las afueras de la ciudad, cierta figura, cuya belleza es casi indescriptible. Dan miró su reloj y en este se marcaban las 3:54 p.m. de un tiempo de otoño. Era 26 de septiembre de 1956. Al frotar sus ojos con sus dedos más de una vez empezó a tener claridad sobre esta figura, pudo notar su flequillo recto y despuntado, que contrastaba con su cabellera que descendía con la misma majestuosidad de aquel contorsionista abrazando cuan delicada cintura. Éste irradiaba un esplendido color negro azabache, aquel color que solo se conocía por estar presente en las piedras más preciosas de nuestro mundo.

Continuó bajando su vista. Bajo un largo vestido de seda color amatista se podía apreciar lo que parecía ser un cuerpo esculpido por el mismísimo Michelangelo, tan finas sus curvas y detalles que podrían volver loco al más cuerdo de los Dioses. Tan perfecto era su cuerpo que el círculo más enterrado del infierno tendría que lamentarse viéndola a ella sin poder siquiera acercarse.

Dan le dio otra mirada a su reloj. Se marcaban las 4:05 p.m. Tomó valor e intentó mirar su rostro. Sintió escalofríos al darse cuenta que unos ojos color negro, tan negro como su cabello azabache, lo miraban. Sintió desmayarse, pero solo fue un segundo de coincidencia, luego estos ojos se perdieron en el atardecer de la preciosa tarde de otoño.

Siguió viendo a esta figura sentada en el columpio, sus ojos no solo eran del color de la piedra más hermosa de nuestro mundo, además la infinita bondad que irradiaban podría hacer que el mismo lucifer pidiera perdón por sus pecados. Son esos ojos que cambian la vida de una simple persona, tal como lo era Dan. No se podía ser el mismo luego de tal majestuosidad. Pero aún no terminaba.

Ahora prestaba atención a los detalles de su rostro, si los ángeles tuvieran un poco de compasión por nuestra humanidad y se mostraran, no tenía duda que estos mismos envidiarían dicha belleza. Sus líneas habrían deslumbrado a Picasso, cada uno de sus rasgos le daban una razón más para vivir.

Dan suspiró. Suspiró de la suerte que tenía, se sintió el hombre más afortunado del universo, sabía que nunca nadie había podido apreciar a dicha joven sentada en aquel parque del barrio. Y aunque lo hicieran, aunque tuvieran el valor de verla a los ojos, solo él era capaz de amarla sin tocarla, solo él podía sentir su calor desde su ventana, solo él suspiraba por aquella figura.

Cuando volvió en sí, vio una sonrisa y una mano que le saludaban, se dio cuenta que era un gesto de aquella figura, era Lucía, una joven de alrededor de 17 años, hija del contador del barrio. Le decía "hola". Éste vio su reloj que marcaba las 4:15 p.m. y devolvió el saludo.

La vio marcharse por el otro extremo del parque, pero justo antes de que desapareciera de su vista le miró y sonrió. Inmediatamente Dan cerró sus ojos e imaginó las estrellas, imaginó los Dioses y hasta su misma suerte. No sabía a qué agradecer, pero estaba feliz, porque entre todas las generaciones de personas que han cruzado nuestro mundo, y todas las que vendrán, él tuvo la dicha. Es el único que se pudo enamorar de aquel ángel, no porque fuera la mujer más preciosa del mundo. Pero sí era la mujer más preciosa de su mundo, y esto lo hacía completamente feliz.

La mamá de Dan lo llamó porque estaba servida la merienda, éste entró su cabeza de la ventana y procedió a cerrarla. Miró por última vez su reloj, marcaba las 4:20 p.m. dio un suspiro de amor y se alegró con su existencia, tuvo la oportunidad de apreciar su mundo frente a sus ojos.

La Ventana de Dan.

Se escuchó el caer de una cerveza, tiempos de septiembre de 1986, habían pasado unos 40 años desde aquel recuerdo de Dan. Se incorpora como puede pero siente un fuerte dolor de cabeza, mientras intenta llegar a su ventana para pedir ayuda, cae al piso.

A lo lejos, sentada en el mismo columpio, pudo notar a su amada Lucia. Hoy era un día un poco más nublado, acompañado de una leve brisa proveniente de un arroyo cercano. Hoy Lucía vestía de seda color blanca, un blanco cegador a la vista, esto le costó a Dan varios parpadeos apresurados y una que otra sacudida de cabeza. Cuando pudo reponerse en sí, luego de tal destello, pudo notar algo diferente en esta escena. Lucia se notaba intranquila, esta lo miraba con unos ojos que gritaban auxilio.

Dan no lograba comprender del todo la situación hasta que pudo notar a cierto personaje que la observaba de cerca, desde unos árboles aledaños. Esta persona no era del todo desconocida para Dan, sentía que lo había visto antes, sentía que era cercano a él. Pero este sentimiento no era reconfortante. El miedo se apoderó de él. Dan gritó. Gritó lo más fuerte que pudo pero era en vano, se dio cuenta que sus palabras no causaban ningún tipo de sonido.

A lo lejos solo podía observar como aquel nuevo personaje cada vez se acercaba más a Lucia. Dan le dio una breve mirada a su reloj, no se lograba distinguir la hora. pero pudo notar sus manos atadas al marco de la ventana. ¿Cómo no se había percatado de esto? Maldijo a cada uno de los Dioses, no entendía el porqué de su suerte. ¿Qué acaso es una

pesadilla? pensó para sí mismo.

Mientras toda esta confusión se apoderaba de su ser, volvió a sentir el calor de su amada. Una lágrima empezó a salir y cayó en su mejilla. retuvo su vista en aquella maldecida escena, era casi como si lo obligarán a apreciar su propia muerte, puesto que su mundo era el que estaba en peligro.

Vio por última vez como esta figura, que ahora fuera de los árboles se podía ver mucho mejor, se acercó finalmente a ella. Era un hombre alto, vestía prendas ensangrentadas pero lo que más llamaba la atención era su rostro. A pesar de ser un tipo normal, para Dan, tenía el rostro del mismo Lucifer. Su cuerpo, su alma y todo lo que era él, odiaba a dicho hombre.

Una última mirada al reloj, seguía sin poder distinguir nada en él. Entre lágrimas solo podía apreciar a este hombre tomando la mano de su amada y empezar a caminar al otro extremo del parque. Justo antes de desaparecer de la vista, Lucia le dio una última mirada a Dan, sin importar la distancia este pudo sentir su mano rozando su rostro y secando hasta la última de las lágrimas que caían. Esta le dio una sonrisa desde el ocaso y este desde sus adentros gritó un "te amo" que hizo que todo quedara en blanco.

Dan despertó bajo un techo no tan desconocido, pudo escuchar varias voces murmurar su nombre. Hasta que una voz familiar, masculina, le habló con tranquilidad a su oído derecho. Este giró su cabeza y pudo reconocer al Doctor Ed.

Inmediatamente se recuperó en sí mismo y se sentó en la camilla del hospital de su pueblo, con una triste mirada hacia su amigo Ed, no pudo decir más que un simple "lo lamento".

Ed asintió con la cabeza y solo colocó su mano en el hombro de Dan, luego agregó:

- Es imposible para mi culpar tus acciones, puesto que lo que las precede incluso a mi me rompen el alma. No te preocupes, estás bien, no pasó nada grave -

Dan se secó la última lágrima que caía de sus ojos, miró su reloj, este marcaba las 8:45 am del 27 de septiembre de 1986. ya eran 10 años del día en que su esposa Lucia, hija del contador del pueblo, había cruzado la calle en frente del hogar que ella y Dan compartían. Mientras este contemplaba la bella tarde de otoño desde su ventana, un tipo en un automóvil Chevy Bel Air a toda velocidad arrojó a su prometida por los aires, aterrizando cerca de uno de los columpios y matándola al instante. Cuando Dan pudo correr a ella, no hubo nada más que hacer, su vestido

de seda color amatista con blanco estaba completamente bañado en su sangre. Desde aquel día, Dan recuerda a su esposa desde su ventana, pero cuando la fecha es cercana, solo una sobredosis de antidepresivos y alcohol puede traerla cerca a él de nuevo, para así sentir su calor.